

LIBROS

Para la reforma electoral

El historiador socialista Antonio Ramos-Oliveira dijo a propósito de Giménez Fernández, que "alcanzaría fama nacional por lo que otros permanecen toda su vida ignorados: por su sentido común; un católico y conservador español con sentido común había de adquirir en seguida rara notoriedad". Otro católico y conservador español arremetería contra él por aquellos días de la Segunda República, cuando Giménez Fernández, como ministro de Agricultura por la CEDA, presentaba la Ley de Arrendamientos Rústicos. Invocaba Giménez Fernández la doctrina social de la Iglesia en apoyo de su tesis. El diario "El Sol" (13-XII-1934) recogía estas declaraciones de Lamamié de Clairac: "Como el ministro de Agricultura siga citando encíclicas de Papas para defender sus proyectos, yo le aseguro a usted que terminaremos haciéndonos cismáticos griegos".

No sería ésta la única vez que Giménez Fernández se viera enfrentado a sus correligionarios. Como ponente de una ley electoral basada en la representación proporcional, hubo de enfrentarse a diputados del partido agrario favorables al sistema mayoritario con distrito pequeño y representación uninominal, que permitiera el ejercicio del caciquismo. Giménez Fernández llevó entonces el peso de la elaboración de la nueva ley. Y no estaba mal elegido para la tarea. Diez años antes había aparecido su primer libro (refundición de una brillante tesis doctoral de 1922), titulado precisamente "Estudios de Derecho Electoral Contemporáneo".

El libro lo reedita ahora el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, donde don Manuel Giménez Fernández fue catedrático durante toda la vida, salvados los períodos en que su tarea política (diputado, ministro, vicepresidente del Congreso) le retuvieran en Madrid. Fue allí también, según ha escrito su discípulo Roberto Mesa, "ejemplo de integridad científica y lección de honesti-



Giménez Fernández.

dad". Y fue, además, incitador de vocaciones políticas, alguna de tan espectacular desarrollo como la de Felipe González. Nació y murió en Sevilla (1896-1968).

Lo que resulta más aleccionador en este libro es la fe del autor en la democracia, dice su prologuista de hoy, el catedrático sevillano Olivencia Ruiz. Y eso es cierto. Pero claro está que podemos sacar muchas lecciones. Por ejemplo, al hablar del límite de edad para el voto, Giménez Fernández —que escribe a principios de los años veinte— llega más lejos que nuestros azules devenidos en neodemócratas por un rápido y plausible proceso de decoloración, y propugna los veinte años. No es osado suponer que ahora podría defender muy bien los dieciocho años.

Otro caso. Cuando busca "la armonización de la libertad del elector y las necesarias prerrogativas de los partidos". Defiende el sistema proporcional, pero no la lista cerrada y bloqueada. Para él es un atentado a la libertad del elector el impedirle fabricarse su propia lista a partir de las listas de candidatos propuestas por los partidos. Es lo que se llama, con expresivo barbarismo, el "panachage". Imagine ahora cada lector-elector la lista que él se confeccionaría, cuando afortunadamente hay tanto para elegir. Podría ejercitar, asimismo, ese democrático derecho que el profesor Mateo del Peral ha llamado hace poco "el derecho a tachar".

Estos son dos ejemplos. En la obra hay muchos más. Y hay un completo panorama de la materia. Panorama que no estaría de más se repasaran esos centenares de padres de la Patria que el próximo día 15 la librarán de su orfandad democrática. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

Cuerpo, traición, exilio

La última literatura —penúltima imagen reflectante y escasamente reflexiva del mundo— se cierra cada vez más en sí misma, creando un ámbito propio que se asemeja bastante a la parte interior del caparazón de un caracol: espiral semitraslúcida que encierra por completo al animal en reposo, en posición fetal, y que deja pasar la realidad exterior filtrada por una capa lisa, hecha de excrementos y desperdicios calcáreos ligados con babas. La mayor parte de la narrativa, de la poesía y del pensamiento contemporáneo, debería calificarse como "reflexiones de una babosa a lo largo del camino". El animal que hay dentro de la cáscara es un ser blando, extremadamente sensible y dotado de un cierto tropismo hacia la luz solar, que percibe por medio de unos ojos que tiene —como muchos humanos— situados al extremo de sus cuernos.

La experimentación literaria y artística es, en la gran mayoría de los casos, producto de limazas culturales. Carece por completo de rumbo y de sentido, y camina errática y lenta hacia ninguna parte, último monstruo producido por la agonizante —aunque su agonía sea también demasiado lenta— cultura burguesa. Arte y literatura de medio ciegos, de medio tontos, empeñados en construir edificios inútiles de abstracciones fundamentados en teorías de donde la vida está ausente. No pasa así, felizmente, con algunos autores entre los que está Juan Goytisolo. Sus dos últimas novelas —que posiblemente

sean también las últimas que escriba jamás—, "La reivindicación del conde don Julián" y "Juan Sin Tierra", que tienen algunos años de edad, y que desde hace poco —desde que se implantó en nuestro país el carnaval predemocrático— podemos ver en los escaparates, e incluso comprar, si pertenecemos a la privilegiada élite cultural y económica que puede afrontar el precio cada vez más alto de los libros, no son objetos hueros, sustentado su frágil armazón tan sólo en teorías literarias y filosóficas de moda; se trata de expresiones puramente autobiográficas del espíritu, de un descenso a los propios infiernos, de unas memorias o de una memoria sobre el estado del mundo de Juan Goytisolo. Todo ello, es cierto, narrado de una forma trabajada, que a muchos —a los incapaces de esfuerzo intelectual y de atención a la lectura— parecerá, sin duda, en exceso esotérica. No lo es tal: Goytisolo se ha embarcado en una exploración destructiva, corrosiva, de su propio mundo, y simplemente adecua su instrumento de trabajo —la palabra escrita— a su doble labor de exploración y destrucción, de purga salvaje.

Goytisolo ha entendido el mundo —igual que Genet, igual que William Burroughs— como representación, como lenguaje y como memoria. Su saqueo de la escritura lineal no es gratuito en absoluto. Responde a una visión concreta de las cosas y, sobre todo, a un espíritu de lucha: sabe que al orden burgués corresponde una forma —una sola— de narración, la novela burguesa; muchos años de práctica de una narrativa comprometida y de combate le han enseñado esto. Sabe que una imagen del mundo es el mundo, y que la labor de transmutación de todos los valores sólo se puede llevar a cabo, en literatura, destruyendo el entramado mismo de esos valores que es la forma literaria. La miseria de la narrativa tradicionalista —que ha extraído de la novela la carne y la sangre, sustituyendo las aventuras apasionantes en lejanos trópicos y la búsqueda de tesoros por conversaciones insulas de mesa-camilla y chocolate— se le aparece como un verdadero portador de virus —en el sentido más literal— de tedio y de conformismo. Y cuando ha querido acabar con tales virus, ha tenido que destruir también el medio.

En las dos novelas citadas —y también en la anterior, "Señas de identidad", que marcaba el



Juan Goytisolo.